

—¡No, no!

Flora no contestó una palabra, pero su actitud reveló gran sentimiento. Como para que la perdonase su resistencia de poco antes, mostróse humildísima y dijo al cabo:

—¿De modo que no te volveré á ver?

—¡No, no!

Las voces se aproximaban, y sin tratar de estrecharle la mano, supuesto que parecía poner á propósito el cadáver en medio, sin siquiera darle el familiar adiós del compañerismo de la infancia, alejóse Flora y se perdió entre las tinieblas, ahogando un sollozo.

Enseguida llegó el jefe de estación con Misard y dos mozos. También probó la identidad del cadáver: era el presidente Grandmorin, á quien conocía, por haberlo visto bajar en la estación siempre que iba á casa de su hermana, la señora Bonnehon, en Doinville. El cuerpo tenía que permanecer en el sitio donde estaba, y solamente mandó que lo cubriesen con una capa que uno de los hombres traía. Un empleado había recibido la orden de salir de Barentín en el tren de las once, para ir á poner el hecho en conocimiento del Procurador general en Rouen. Pero no se podía contar con él antes de las cinco ó las seis de la mañana, pues tendría que traer al juez de instrucción, al escribano y á un médico. El jefe de estación organizó un servicio de guardia junto al muerto; durante toda la noche, mediante relevos, estaría allí constantemente un hombre vigilando con la linterna.

Y Santiago, antes de decidirse á ir á echarse bajo algún cobertizo de la estación de Barentín, de donde no debía salir para el Havre hasta las siete y veinte, permaneció mucho tiempo inmóvil, absorto. Después le turbó la idea del juez de instrucción que aguardaban, cual si hubiese sido cómplice del asesinato. ¿Diría lo que había visto al pasar el exprés? En un principio resolvió hablar, puesto que, en suma, nada tenía que temer. Además, su deber no era dudoso. Pero después cambió de opinión, toda vez que no podía dar á conocer un sólo hecho decisivo ni se atrevería á fijar ningún detalle preciso sobre el asesino. Necia cosa fuera meterse donde no le llamaban para perder el tiempo y emocionarse sin provecho de nadie. No, no, no hablaría. Y se fué, volviéndose dos veces para ver el bulto negro que formaba el cuerpo sobre el suelo, en medio de la redonda claridad de la linterna. Un frío intenso se dejaba sentir en aquel desierto. Habían pasado varios trenes y llegaba otro muy largo con dirección á París. Todos se cruzaban en su inexorable poder mecánico, rozando la cabeza medio cortada de aquel hombre á quien otro había degollado.

III

Al día siguiente, domingo, acababan de dar las cinco de la mañana en todos los relojes del

Havre, cuando Roubaud bajó á la estación para encargarse del servicio. Todavía era de noche, y el viento que soplaba del lado del mar empujaba la niebla hacia los montecillos que se extienden desde Saint-Adresse al fuerte de Tourneville; mientras que al Oeste, sobre la llanura, había un claro, un pedazo de cielo, donde fulguraban las últimas estrellas. En la estación, los mecheros de gas seguían luciendo, palidecidos por el frío húmedo de la temprana hora; y allí estaba el primer tren de Montivilliers, que preparaban los mozos bajo las órdenes del subjefe de noche. Las puertas de las salas permanecían cerradas y los andenes se hallaban desiertos en aquel perezoso despertar de la estación.

Al salir de su casa, en el piso principal, encima de las salas de espera, había encontrado Roubaud á la mujer del cajero, la señora Lebleu, inmóvil en medio del pasillo central al que daban las habitaciones de los empleados. Hacía varias semanas que esta señora se levantaba de noche para celar á la señorita Guichon, la estancuera, á quien suponía que andaba en alguna intriga con el jefe de estación, señor Dabadie. Por lo demás, nunca había sorprendido la menor cosa, ni una sombra, ni un soplo. Y aquella mañana, también se volvió á su casa sin llevar otra cosa que el asombro producido por haber visto, en casa de los Roubaud, durante los segundos empleados por el marido en abrir y cerrar la puerta, á la mujer, á la hermosa Severina, de pie en el

comedor, vestida ya, peinada y calzada, cuando de ordinario se estaba en la cama hasta las nueve. La mujer de Lebleu despertó á éste, para contarle tan extraordinario acontecimiento. La víspera no se había acostado el matrimonio antes de la llegada del exprés de París, las once y cinco, ardiendo en deseos de saber el resultado de la historia del subprefecto. Pero no pudieron sorprender nada en la actitud de los Roubaud, que habían vuelto con la cara de todos los días; y en vano permanecieron hasta las doce con el oído alerta: ningún ruido salió del cuarto de sus vecinos, los cuales debieron haberse dormido inmediatamente. Seguramente su viaje no había tenido buen resultado, cuando Severina estaba levantada tan de mañana. Y como el cajero preguntase qué cara tenía ella, su mujer esforzabase por pintársela muy seria y pálida, con sus grandes ojos azules, tan claros bajo sus cabellos negros y sin hacer un movimiento, presentando el aspecto de una sonámbula. En fin, ya sabrían á qué atenerse en todo aquel día.

Abajo, encontróse Roubaud con su compañero Moulin, que había estado de servicio por la noche y á quien debía relevar. Moulin, mientras se paseaba algunos minutos, le puso al corriente de las pequeñeces ocurridas desde la víspera: unos vagabundos habían sido sorprendidos en el momento de introducirse en la sala de consigna; tres mozos fueron reprendidos por desobediencia, y un gancho de unión se había roto en el momento que estaban formando el tren de

Montivilliers. Roubaud escuchaba en silencio, con tranquilo semblante; estaba solamente un poco pálido; sin duda un resto de fatiga, que sus ojos acusaban también. Su compañero dejó de hablar, y él parecía interrogarle aún, como si esperase otros acontecimientos. Pero aquello era todo, y Roubaud bajó los ojos entonces, fijándolos un instante en el suelo.

Andando á lo largo del andén, habían llegado los dos hombres al final del muelle cubierto, á un sitio donde, á la derecha, había una cochera en la cual estaban estacionados los vagones que habían llegado la víspera y servían para formar los trenes del día siguiente. Roubaud levantó la cabeza y sus miradas se fijaron en un coche de primera, señalado con el número 293, al cual alumbraba precisamente en aquel momento, con su vacilante resplandor, un mechero de gas. Entonces exclamó el otro:

—¡Ah! se me olvidaba.....

El pálido semblante de Roubaud se coloreó, y nuestro hombre no pudo contener un involuntario movimiento.

—Se me olvidaba—repitió Moulin.—Este coche no tiene que salir de aquí, ten cuidado de que no lo enganchen hoy en el exprés de las seis y cuarenta.

Medió una breve pausa antes de que Roubaud preguntase con natural acento:

—¡Toma! ¿y por qué?

—Porque hay que reservar una berlina para el exprés de esta tarde, y como no tenemos se-

guridad de que venga alguna, es preciso guardar ésta por si acaso.

Roubaud, que no cesaba de mirar fijamente á su compañero, respondió:

—Sin duda.

Pero otro pensamiento le absorbía, y exclamó de repente:

—¡Mire Ud. cómo limpian esos mamelucos! Parece que no han quitado el polvo á este coche desde hace ocho días.

—¡Ah!—repuso Moulin—cuando hayan llegado los trenes, después de las once, no hay inconveniente en que los mozos den un limpión..... Gracias á que lo miren siquiera. El otro día se dejaron un viajero dormido sobre el asiento, y no se despertó hasta la mañana siguiente.

Luego, ahogando un bostezo, dijo que se iba á dormir; pero al marcharse, se sintió aguijoneado por una gran curiosidad, y dijo volviéndose:

—A propósito, ¿ha terminado Ud. ya la cuestión con el subprefecto?

—Sí, sí, ha sido un buen viaje, estoy muy contento.

—Vamos, me alegro..... Acuérdesse Ud. de que el 293 no sale.

Cuando Roubaud se encontró solo en el andén, se acercó lentamente al tren de Montivilliers, que estaba esperando. Abriéronse las puertas de las salas y aparecieron los viajeros: algunos cazadores con sus perros, dos ó tres familias de tenderos que aprovechaban el domingo, poca gente en suma. Pero puesto en marcha

aquel tren, el primero del día, Roubaud no tuvo tiempo que perder y procedió á formar el de las cinco y cuarenta y cinco, un tren para Rouen y París. Siendo el personal poco numeroso tan de mañana, las funciones del subjefe de servicio se complicaban con toda clase de cuidados. Así que hubo presenciado la maniobra de los mozos, consistente en sacar de la cochera, uno por uno, todos los vagones, colocarlos sobre el carretón que reemplazaba allí á la plancha giratoria y empujarlos después, llevándolos á su destino, se fué corriendo á dar un vistazo sobre la distribución de los billetes y el registro de los equipajes. Surgió una cuestión entre varios soldados y un empleado, en la cual tuvo que intervenir. Durante media hora, entre las corrientes de aire helado, en medio del ajetreo público, con los ojos hinchados todavía por el sueño, con el mal humor resultante del excesivo trabajo, tuvo que multiplicarse, no quedándole tiempo para consagrarse á pensar tranquilamente en sus cosas. Cuando la salida del mixto hubo dejado expedita la estación, apresuróse á ir al puesto del guarda-aguja con objeto de asegurarse de que todo marchaba bien por aquel lado, pues llegaba otro tren, el directo de París, que venía retrasado. Volvió á presenciar el desembarque, esperó á que la muchedumbre de viajeros hubiese devuelto los billetes, colocándose después en los coches de los hoteles, que habían estado aguardando debajo de la techumbre, separados de la vía por una simple

empalizada; y solamente entonces pudo respirar libre un momento en la estación, ya desierta y silenciosa.

Dieron las seis. Roubaud salió del muelle cubierto, paseándose; y una vez fuera, al aire libre, levantó la cabeza y respiró viendo que comenzaba á nacer el día. El viento había terminado de barrer la niebla, y presentábase la mañana de un hermoso día. Miró en dirección Norte y vió destacarse la colina de Ingonville, formando una zona violácea, hasta el cementerio, bajo el pálido cielo matutino; luego, volviéndose hacia el Mediodía y el Oeste, observó sobre la mar el último vuelo de numerosas nubecillas blancas que bogaban por los espacios, mientras la inmensa abertura del Sena comenzaba á incendiarse con los rayos precursores de la salida del sol. Maquinalmente acababa de quitarse la gorra, bordada de plata, como para refrescarse la frente con el ambiente puro del amanecer. Aquel horizonte conocido, el conjunto de las dependencias de la estación, á la izquierda las de llegada, después el depósito de máquinas, la expedición á la derecha, toda una ciudad, en fin, parecía devolverle la calma temporalmente arrebatada por el invariable, monótono y cotidiano trabajo. Por cima de las tapias de la calle de Carlos Laffite, levantábanse enormes columnas de humo que salían de las chimeneas de las fábricas. A lo largo de la planicie de Vauban veíanse extendidos grandes montones de carbón. Los silbidos de los trenes de mercancías, el olor traído por el viento, el des-

pertar de aquellos lugares, le hicieron pensar en la festividad del día, en el navío que iba á ser botado al agua en presencia de una apiñada muchedumbre.

Al entrar Roubaud en el muelle cubierto, encontróse á los mozos que comenzaban á formar el exprés de las seis y cuarenta. Creyó que iban á enganchar el vagón 293 y toda la calma que le proporcionara la apacible mañana huyó de él en un violento acceso de cólera.

—¡Voto á Dios!... ¡ese coche no! ¡Dejadlo en paz! No sale hasta la noche.

El jefe de la cuadrilla le dijo que no hacían más que empujar aquel coche para sacar otro que estaba detrás; pero él no lo oía, trastornado como se hallaba por la vehemencia de su irascible carácter.

—¡Animales!... ¡Cuando se os dice que no toquéis una cosa!...

Así que hubo comprendido al fin lo que le decían, siguió furioso, maldiciendo de las condiciones de la estación, donde apenas se podía maniobrar. Efectivamente, la estación, que fué una de las primeras construídas en la línea, era indigna del Havre, con su cochera de maderas viejas, su techumbre de tablas y zinc, cuajada de pequeños vidrios, y sus tristes departamentos agrietados por todas partes.

—Es una vergüenza; yo no sé cómo la Compañía no ha derribado ya todo esto.

Los mozos le miraban sorprendidos oyéndole hablar en tales términos, á él, habitualmente tan

disciplinado. Notólo Roubaud y se detuvo de pronto, vigilando en silencio la maniobra. Una arruga de descontento surcaba su frente, mientras su sonrosada faz, erizada de barba rubia, adquiría un aspecto resignado.

Desde entonces conservó toda su sangre fría, atendiendo cuidadosamente á la formación del exprés. Habiéndole parecido que unos enganches estaban mal hechos, ordenó que los ejecutasen de nuevo en presencia suya. Una madre con dos hijos, que solía visitar á Severina, quiso que la colocara en el departamento de señoras solas. Luego, antes de dar con el silbato la señal de marcha, quiso asegurarse otra vez de la buena disposición del tren; y lo miró alejarse despacio, con el ojo avizor de un hombre cuya más insignificante distracción podría costar la vida á muchas personas. En seguida tuvo que atravesar la vía para recibir un tren de Rouën, que entraba en la estación. Precisamente encontró á un empleado del correo, con quien todos los días se comunicaba las noticias. Esto constituía, en sus mañanas tan ocupadas, un corto reposo, cerca de un cuarto de hora, durante el cual podía respirar en libertad, porque ningún trabajo inmediato reclamaba su vigilancia. Y aquella mañana, como de costumbre, lió un cigarrillo y estuvo hablando alegremente. Ya era día claro y habían apagado las luces de gas del muelle cubierto, en el cual reinaba todavía cierta sombra gris, á causa de los pocos vidrios que tenía su techumbre; pero el cielo se presentaba como una

ascua de oro, y el horizonte se tornaba sonrosado en medio del ambiente puro de aquella mañana de invierno.)

A las ocho el Sr. Dabadie, jefe de la estación, bajaba ordinariamente. Era éste un hombre muy moreno, bien vestido, con aspecto de comerciante consagrado á los negocios, y desentendía gustoso la estación de viajeros para dedicarse sobre todo al movimiento de mercancías relacionadas con el gran comercio del Havre y del mundo entero. Aquella mañana se retrasaba, y dos veces ya había empujado Roubaud la puerta de la oficina sin lograr verlo. Sobre la mesa se hallaba el correo cerrado aún. Los ojos del subjefe se fijaron en un despacho que había entre el montón de cartas. Después, como si una fascinación le retuviese allí, quedóse á la puerta, dirigiendo rápidas miradas á la mesa.

Por último, á las ocho y cuarto se presentó el señor Dabadie. Roubaud, que se había sentado, permanecía silencioso, á fin de que el jefe pudiese abrir el telegrama. Pero Dabadie no se apresuraba, porque quería mostrarse amable con aquel subordinado á quien estimaba.

—¿Y, naturalmente, en París todo ha marchado bien?

—Sí, señor, muchas gracias.

Acabó por abrir el telegrama, pero no lo leía por atender á Roubaud, cuya voz habíase tornado sorda, merced al violento esfuerzo que hacía para contener el temblor nervioso que agitaba sus labios.

—Al fin tenemos el gusto de que siga Ud. con nosotros.

—Y yo, señor, estoy muy contento por quedarme al lado de Ud.

Cuando el señor Dabadie se decidió á recorrer con la vista el despacho, Roubaud le miró intranquilo, con la faz cubierta de un ligero sudor. Pero la emoción que él esperaba no se produjo; el jefe terminó tranquilamente la lectura del telegrama y lo dejó sobre la mesa: sin duda un simple detalle del servicio. Y en seguida continuó abriendo el correo, mientras que, como de costumbre, daba el subjefe parte verbal de los acontecimientos de la noche y de la mañana. Roubaud anduvo vacilante antes de recordar lo que le había dicho su compañero, á propósito de los vagabundos que se habían introducido en la sala de consigna. Cambiáronse todavía algunas palabras más y el jefe lo despedía con un gesto, cuando los dos jefes adjuntos, el de los almacenes y el de la pequeña velocidad, entraron á dar su parte respectivo. Traían otro despacho que un empleado acababa de darles en el andén.

—Puede Ud. retirarse—dijo en voz alta el señor Dabadie, viendo que Roubaud se quedaba parado á la puerta.

Pero éste no se fué hasta que vió al jefe dejar sobre la mesa aquel papel con el mismo ademán indiferente que el anterior. Anduvo errante algunos instantes por el muelle, perplejo, aturrido. El reloj señalaba las ocho y treinta y cinco. No debía salir ningún tren antes del mixto de

las nueve y cincuenta. Roubaud tenía la costumbre de emplear este tiempo en dar una vuelta por la estación, y anduvo durante algunos minutos, sin dirección fija. Después, como alzase la cabeza y se fijara en el coche número 293, retrocedió bruscamente con dirección al depósito de máquinas, aunque nada tenía que hacer allí. El sol mostrábase á la sazón esplendoroso en el horizonte y una lluvia de dorado polvo atravesaba la pálida atmósfera. Roubaud ya no gozaba de aquella deliciosa mañana; apretó el paso, tratando de dominar la obsesión que le producía su larga espera.

Una voz lo detuvo repentinamente.

—¡Señor Roubaud, buenos días!..... ¿Ha visto usted á mi mujer?

—Era Pecqueux, el fogonero, un gran mozo de cuarenta y tres años, flaco de carnes, pero de robusto esqueleto, con la faz curtida por el fuego y el humo. Sus grises ojos, bajo la aplastada frente, y su rasgada boca de mandíbula saliente, sonreían sin cesar con la sonrisa característica del hombre aficionado á las mujeres.

—¡Cómo! ¡Usted por aquí!—dijo Roubaud deteniéndose con extrañeza.—¡Ah! sí, el accidente ocurrido á la máquina, se me olvidaba..... ¿Y no sale Ud. hasta la noche? Una licencia de veinticuatro horas, buena ganga ¿eh?

—Buena ganga—repitió el otro, medio embriagado todavía por los goces de la noche anterior, pasada de jolgorio.

Hijo de un pueblo próximo á Rouen, había

entrado muy joven al servicio de la Compañía en calidad de obrero ajustador. Después, á los treinta años de edad, cansado del taller, quiso ser fogonero para llegar á maquinista; y entonces fué cuando se casó con Victoria, paisana suya. Pero los años transeurrían y no salía de fogonero; jamás ascendería ya á maquinista, borracho, sucio y mocero como era. Veinte veces lo habrían despedido, si no hubiese contado con la protección del presidente Grandmorin, y si no estuviesen acostumbrados ya á sus defectos, que compensaba con el buen humor y la experiencia de antiguo obrero. No era de temer más que cuando estaba borracho, porque entonces se convertía en una verdadera bestia capaz de cualquiera cosa.

—¿Ha visto Ud. á mi mujer?—preguntó de nuevo, con la insistencia del borracho y la boca hundida por su estúpida sonrisa.

—Sí, la hemos visto—respondió el subjefo.—Hemos almorzado en vuestra habitación..... ¡Ah! tiene Ud. una gran mujer, Pecqueux. Hace usted mal en no serle fiel.

—¡Oh! ¡si es ella la que quiere que yo me divierta!.....

Y era verdad. Victoria, dos años mayor que él, gruesa hasta el punto de no poder casi moverse, dábale dinero para que gozase fuera de su casa. Jamás había sufrido ella con las infidelidades de Pecqueux, hijas de una necesidad de su naturaleza. Al presente llevaba una vida arreglada; tenía dos mujeres, una en cada ex-

tremo de la línea, su mujer en París para las noches que dormía allí y otra en el Havre para las horas de espera que pasaba, entre dos trenes. Muy económica Victoria, gastando poquísimo en sus necesidades y tratándole maternalmente y sabiéndolo todo, no quería que se pusiese en ridículo con la otra. Hasta le arreglaba la ropa blanca en cada viaje, porque le hubiese sido muy sensible que la otra la acusara de descuidar á su marido.

—No importa—repuso Roubaud—de todos modos no está bien. Mi mujer, que adora en su nodriza, quiere regañarle á Ud.

Pero se calló al ver salir de un cobertizo, junto al cual se hallaban, á una mujer muy seca, Filomena Sauvagnat, hermana del jefe del depósito y mujer suplementaria de Pecqueux en el Havre, hacía ya un año. Ambos debían quedarse hablando bajo el cobertizo, mientras que él se había adelantado para llamar al subjefe. Filomena, todavía joven á pesar de sus treinta y dos años, alta, angulosa, con el pecho hundido y las carnes quemadas por continuos deseos, tenía la cabeza alargada, los ojos chispeantes y el aspecto de una yegua enflaquecida por el celo que relincha llamando al macho. Motejábanla de bebedora, y todos los hombres de la estación habían desfilado ante ella, en la casita que su hermano ocupaba cerca del depósito de máquinas, siempre sucia y descuidada por Filomena. Este hermano, cabezudo auvernés, severísimo en punto á disciplina y muy estimado de sus

jefes, había tenido serios disgustos por causa de su hermana, hasta el punto de haber sido amenazado con la cesantía; y si ahora la toleraban en contemplación á él, Sauvagnat sólo la conservaba á su lado por espíritu de familia; lo que no le impedía molerla á palos cuando la encontraba con algún hombre. Filomena se había entregado á Pecqueux satisfecha de verse en los brazos de este endiablado mozo; él se consideraba feliz con aquella mujer delgada, por contraposición á su Victoria, demasiado gruesa. Y Severina se había enfadado con Filomena, procurando evitar su encuentro, por cierto orgullo nativo.

—¡Buena!—dijo Filomena insolentemente—hasta luego, Pecqueux. Me voy, porque el señor Roubaud tiene que predicarte moral de parte de su mujer.

Pecqueux se reía.

—Quédate; lo dice en broma.

—No, no. Tengo que ir á llevar un par de huevos de mis gallinas á la señora Lebleu. Se los tengo prometidos.

Filomena había pronunciado este nombre con intención, porque sabía la rivalidad existente entre la mujer del cajero y la del subjefe, afectando estar bien con la primera para hacer rabiar á la segunda. Pero se quedó, sin embargo, interesada de pronto, cuando oyó al fogonero preguntar por la cuestión del subprefecto.

—Ya está arreglado á gusto de Ud., ¿no es eso, señor Roubaud?

—Sí, ¿mi gusto.

Pecqueux guiñó los ojos con maligno ademán.

—¡Oh! no tenía Ud. por qué inquietarse, porque cuando se tiene un buen padrino..... ¿eh? ya sabe Ud. á quién me refiero. Mi mujer también le está muy agradecida.

El sub jefe interrumpió esta alusión al presidente Grandmorin, repitiendo bruscamente:

—¿De modo que no sale Ud. hasta la noche?

—Sí, acaban de ajustar la biela..... Estoy esperando á mi maquinista, que también anda por ahí. ¿Conoce Ud. á Santiago Lantier? Es paisano suyo.

Roubaud permaneció un instante sin responder. Luego dijo con cierto sobresalto:

—¿Santiago Lantier, el maquinista?..... Sí, le conozco. ¡Oh! ¿sabe usted? es una de esas personas á quienes se da los buenos días, las buenas noches, y nada más. Aquí nos hemos conocido, porque él es menor que yo y nunca le había visto allá abajo, en Plassans..... El otoño último prestó un pequeño servicio á mi mujer, un encargo que le hizo en casa de unos primos de Dieppe..... Es un muchacho despejado, según dicen.

Hablaba sin reflexionar, y de repente se despidió:

—Hasta otra vez, Pecqueux..... Voy á dar un vistazo por aquel lado.

Entonces se fué también Filomena, mientras que Pecqueux, inmóvil, con las manos en los bolsillos, sonriente por la holganza de aquella

hermosa mañana, asombrábase de que el sujeto, después de haber dado vuelta al cobertizo, se marchase tan deprisa. ¿Qué podría haber venido á fisgar allí?

Cuando Roubaud entró en el muelle cubierto daban las nueve. Anduvo hasta el fondo, cerca de las mensajerías, mirando, cual si no encontrase lo que buscaba; luego se volvió con el mismo aspecto de impaciencia. Sucesivamente interrogó con la mirada las oficinas de diversos servicios. En aquella hora la estación estaba tranquila, desierta; y él estaba allí solo, atormentado como el hombre que se halla próximo á ser víctima de una catástrofe, cuyo pronto estallido acaba por desear. Acabábasele la paciencia. Dieron las nueve, aguardó unos minutos más y él, que de ordinario no subía á su casa hasta las diez, después de la salida del tren de las nueve y cincuenta, hora en que almorzaba, hizo un movimiento repentino y subió, pensando que Severina estaría también aguardando arriba.

En el pasillo, precisamente en aquel momento, estaba la señora de Lebleu abriendo la puerta á Filomena, que había venido en traje de casa, despeinada y con un par de huevos. Preciso fué que Roubaud entrase en su casa vigilado por los ojos de aquellas mujeres. Llevaba consigo la llave y se dió prisa á entrar. Al abrir y cerrar la puerta, se vió á Severina sentada en una silla del comedor, pálida é inmóvil. Y haciendo pasar á Filomena, contóle la señora Lebleu que ya por la mañana la vió en igual situación; sin duda

era la historia del subprefecto que tomaba mal giro. Pero no; Filomena dijo que había venido porque tenía noticias, y repitió lo que acababa de oír al subjefe mismo. Entonces las dos mujeres se perdieron en mil conjeturas. Y cada vez que se encontraban renovábase la eterna chismografía.

—Los han molido bien, hija mía; pondría las manos en el fuego..... Seguramente están bailando en la cuerda floja.

—¡Ay! señora, ¡si nos librasen de ellos!.....

La rivalidad, cada vez más envenenada entre los Lebleu y los Roubaud, había nacido sencillamente de una cuestión de alojamiento. Todo el primer piso, por encima de las salas de espera, servía de habitaciones para los empleados; y el corredor central, pintado de amarillo y alumbrado por el techo, dividía el piso en dos, alineando las oscuras puertas á derecha é izquierda. Pero los cuartos de la derecha tenían ventanas al patio de salida, plantado de viejos olmos, sobre los cuales se destacaba el admirable panorama de Ingouville; mientras que las habitaciones de la izquierda daban encima de la techumbre de la estación, cuya parte alta de zinc y vidrio tapaba por completo el horizonte. Nada más alegre que los de la derecha con la continua animación del patio, la verdura de los árboles y la vasta campiña; pero había para morir en los cuartos de la izquierda, donde apenas se veía claro, viviendo como en una prisión. En la parte delantera habitaba el jefe de estación, el subjefe

Moulin y Lebleu; en la de atrás, Roubaud y la estanquera, la señorita Guichon, sin contar tres piezas que estaban reservadas para los inspectores transeuntes. Ahora bien, era notorio que los dos subjeses habían vivido siempre puerta con puerta. Si Lebleu estaba allí, era por condescendencias del anterior subjefe, á quien Roubaud había reemplazado, el cual, viudo y sin hijos, quiso hacerse agradable á la mujer de Lebleu, cediéndole su habitación. Pero ¿era justo relegar á Roubaud á la parte trasera, cuando tenía derecho á vivir en la delantera? Mientras que las dos familias habían permanecido amigas, Severina prescindió de sí propia ante su vecina, veinte años mayor que ella, delicada de salud y tan gorda que se asfixiaba á cada instante. La guerra no se había declarado en realidad hasta el día en que Filomena indispuso á las dos mujeres con sus abominables chismes.

—Tan malos son—repuso ésta—que habrán sido capaces de aprovechar su viaje á París para pedir que los echen á Uds..... He oído decir que han escrito al director una larga carta en que hacían valer sus derechos.

—¡Miserables!—prorrumpió la mujer de Lebleu.—Y estoy segura de que tratan de tener de su parte á la estanquera, porque hace quince días que no me saluda..... ¡Alguna cochinería!

Y bajó la voz para afirmar que la señorita Guichon debía ir todas las noches á buscar al jefe. Sus puertas se hallaban frente á frente. El